

## **Talleres de verano, una opción de consumo cultural y formación vocacional para niños, niñas y adolescentes**

Lic. Esther Pérez Lorenzo, Museo Nacional de Historia Natural de Cuba

El Museo Nacional de Historia Natural de Cuba, (MNHNC), a lo largo de sus casi 50 años de servicios públicos, ha contribuido con la voluntad política nacional, y especialmente institucional, de estimular la visita al Museo de las nuevas generaciones.

Para lograr este propósito implementa programas educativo-culturales que, mediante la educación no formal, abarcan un importante número de visitantes: cada año, como promedio, cien mil personas llegan al Museo, más de 60% son niños y niñas.

La mayor cantidad del quehacer educativo-cultural se realiza durante los meses de julio y agosto, período en el que el Museo al sumarse a otras instituciones culturales y recreativas del país que preparan planes especiales para satisfacer las demandas del público durante sus vacaciones, está retado con ello a encontrar nuevas, variadas y mayores opciones culturales para este público; con ese propósito y en ese contexto surgen los talleres de verano.

Los talleres de verano se insertan en el ámbito de la educación no formal, son actividades de aprendizaje no lineal y voluntario, que responden a objetivos institucionales, y dependen de los intereses personales de los participantes, manifestado en el grado de motivación y satisfacción con la experiencia educativa, en su sentido más general.

Durante los seis años que el Museo ha sistematizado esta práctica, se han realizado 83 talleres con 792 participantes; el crecimiento gradual en el comportamiento de estas cifras denota un satisfactorio consumo cultural de la oferta que representan si se tiene en cuenta que de alguna manera indica apropiación creciente del servicio cultural de acuerdo a intereses de los participantes. Si bien de estos intereses no se ha hecho una evaluación planificada previa a la realización de los talleres, sí se han recogido opiniones espontáneas que confluyen en razones que, por parte de niñas, niños y adolescentes (97% de participantes de los talleres) se centran en “lo divertido” que son los talleres, y, por parte de los adultos (padres y acompañantes de talleristas infantiles), giran alrededor de la “utilidad de estos talleres como espacio para que los menores inviertan sus vacaciones”, “alejados de la calle”, y como “alternativas a la absolutización de las actividades físicas propias de las vacaciones”.

Las temáticas tratadas son diversas, y abarcan disciplinas de la historia natural: geología, paleontología, botánica y zoología, además de otras como museología, artes plásticas, informática y fotografía, vinculadas al perfil institucional. Por su aceptación, algunos talleres se han repetido hasta seis años consecutivos.

Cada taller se concibe para un público meta con el objetivo de propiciar experiencias acordes a la edad, lo que permite acercarse a las necesidades, motivaciones e intereses de cada individuo o grupo. En algunos talleres los rangos de edades de los participantes son más amplios por lo que se mezclan diferentes intereses, habilidades, capacidades y actitudes, lo que demanda del educador toda su capacidad para aprovechar lo mejor de cada participante; algunas experiencias en este sentido apuntan a su aceptación cuando se distribuyen roles de facilitadores a los talleristas aventajados, ya sea por conocimientos, edad, o por su repetición en el taller.

Para los niños en educación primaria, —al conocer que en esta etapa se adquiere la capacidad de generalizar y sacar conclusiones sobre las cuestiones que se les plantean, y que estas capacidades se activan ante situaciones concretas—, el educador se dirige a aprovechar las capacidades sensoriales de los participantes, a enseñar a observar para reconstruir situaciones, y propiciar la contextualización a través de distintos medios, fundamentalmente el juego que es lo que más disfruta este grupo. En los talleres de verano del Museo un niño puede asumirse como científico, como museólogo, comunicador; es común verlos en el planteamiento de una hipótesis, la resolución de problemas, o la creación de productos comunicativos, conduciendo público en una exhibición, o disertando sobre un ejemplar.

Para los adolescentes —por las características psicológicas de la etapa—, los programas que se les ofrecen tienen el objetivo principal de atraerlos al Museo, por lo que el educador realiza un papel de

orientador. Los programas para este grupo se encaminan a la orientación profesional de las ciencias naturales, la pedagogía o la comunicación, a propiciar que los adolescentes tomen conciencia de la existencia del Museo, y que lo consuman. El tratamiento a estos talleristas, tanto en el lenguaje como en las actividades programadas es provocador, con espacios para dialogar, cuestionar e interpretar sobre el tema seleccionado.

Los talleres de verano son conducidos por profesionales en la actividad fundamental del Museo: museólogos, comunicadores, investigadores, curadores y conservadores. La máxima en esta dirección ha sido que todo el que tenga algo que compartir a través de este modo de formación, lo haga.

Según las opiniones de los educadores, el propósito fundamental es que los niños se diviertan y aprendan, y de esta forma, que se acerquen a la ciencia que se realiza en el Museo. Existe consenso en que realizar un taller de verano significa una experiencia agradable, que se disfruta ampliamente. En muchos casos se considera que no tener una formación pedagógica facilita el desarrollo de los talleres: no hay esquemas, solo un contenido que abordar, de la forma más amena posible, a partir de un programa totalmente flexible, según los intereses, expectativas y habilidades de los participantes.

La experiencia indica que tanto los talleres desarrollados por educadores jóvenes, como por científicos o especialistas de amplia experiencia, resultan atractivos lo que indica la potencialidad del Museo.

Los talleres cortos son muy atractivos, permiten que los participantes se queden con ganas de aprender sobre el tema; es un objetivo implícito en cada taller, despertar la curiosidad, promover diferentes miradas a un mismo asunto, transmitir la amplitud y lo inacabado del conocimiento; además de no aburrir, ni hipotecar todos los días de la semana para que disfruten de otras opciones.

Singularmente los talleres que abordan los temas de astronomía que son trabajados por un período más largo, también han resultado atractivos. La opción de días alternos, en estos casos, facilita la asistencia de los participantes. El cierre de estos talleres con las observaciones astronómicas nocturnas, actividad dirigida al público libre en la que los talleristas enseñan a armar y desarmar telescopios y colaboran para que el público pueda observar los astros, contribuye a la amplia matrícula con la que sistemáticamente cuentan estos talleres.

Los recursos que se utilizan en los talleres de verano son pocos y sencillos: objetos naturales (o sus réplicas), láminas, fotografías y audiovisuales en el caso de contenidos con determinada complejidad. El más importante es sin dudas el educador, y su capacidad de comunicar y seleccionar, para cada tema, concepto o momento, el recurso y el método apropiado.

Cada taller al concluir aporta un producto preferentemente tangible, lo que permite concluir el verano con una muestra de estos resultados.

Iniciativas como premiar a quienes repiten su presencia en varios talleres, ha sido válido ante el fenómeno de encontrar niños, niñas y adolescentes que asisten, en un verano, a cinco, seis y hasta siete talleres. A esto sumamos que muchos de esos participantes se inscriben en el Club de Amigos del Museo y asisten a las actividades que el Museo convoca para en ellas asumir el rol de comunicar al público los conocimientos adquiridos sobre historia natural. Esa es una evaluación que podemos tener de los talleres de verano, factor que integrado al ya mencionado sobre el crecimiento operado en sus participantes, podrían indicar que el objetivo de este producto educativo, está cumplido.

Los elementos analizados confirman que los talleres de verano constituyen un producto distintivo del Museo durante el período vacacional. El método participativo que se indica predomine en ellos, pensamos es importante para mantener el consumo cultural de este producto por niños, niñas y adolescentes, como también que pueden contribuir a la formación vocacional de quienes participan con sistematicidad.

El Museo posee potencialidad profesional para desarrollar y perfeccionar esta experiencia educativa, y por ello la tendencia debe ser a que se mantenga, enriquezca y perfeccione como una opción atractiva en el período vacacional.